
LOS ESPACIOS DEL CONSUMO CULTURAL COLECTIVO

Xan Bouzada Fernández

Universidad de Vigo

RESUMEN

El tratamiento de un asunto sociológico como el de los equipamientos culturales nos obliga a situarnos en un lugar encrucijada en el que se hilvanan temáticas tales como la sociología urbana, la sociología de la cultura o la sociología de la vida cotidiana.

El abordaje de las causas de su génesis, así como el acercamiento al modo cómo se producen sus lógicas de implantación, nos lleva a cuestionar algunos de los supuestos hoy preponderantes que, a la manera de «prenociones», tienden a erigirse en explicación aparente de las políticas concretas y de las tomas de decisión en este ámbito.

Determinados conceptos como el de «democratización cultural», inspirado en sus orígenes en el reformismo progresista de postguerra en Francia, podrían haber estado actuando como un mito que impidiese visualizar el hecho de que las políticas de producción de equipamientos culturales han tendido a homogeneizarse, independizándose de las determinaciones contextuales de carácter político-ideológico, manteniendo una función estratégica como instrumentos al servicio de la reproducción de los poderes locales instalados.

Quizá hoy, cuando la pasión promotora de equipamientos culturales parece experimentar un cambio profundo caracterizado tanto por el reflujo de la erección de equipamientos de servicios integrados en el tejido urbanístico como por la eclosión de un nuevo modelo de macroequipamientos-insignia concebidos como estandartes de las emergentes ciudades de la cultura, sea un buen momento para realizar una reflexión global acerca de las lógicas que han venido

sosteniendo y orientando sus modos de implantación. Momento acaso apropiado tanto por ese motivo como por el hecho de que la progresiva emergencia del actor social como eje protagónico del discurso sociológico ha también, y de manera paulatina, venido a impregnar este campo de reflexión, invitándonos a repensar las políticas culturales, más que desde la perspectiva específica de la producción social de sus espacios, desde la más amplia y diversa perspectiva de sus actores y sus estrategias (Gillet, 1995; Santcovsky, 1994).

En todo caso, el «equipamiento», que como tal término entró en nuestro vocabulario a través de la jerga especializada francesa, ha ido abonando la expansión de su uso al amparo de la progresiva complejización de las políticas urbanas, contando entre nosotros como centro nodal de reflexión sociológica con una historia bastante corta acotable a la de las últimas tres o cuatro décadas. A lo reciente del fenómeno ha de añadirse la ostensible dificultad existente para delimitar los significados, y por lo tanto las distintas tipologías caracterizadoras, de aquellos susceptibles de ser reconocidos como tales «equipamientos culturales». En ocasiones, estas aparentes diferencias reflejarán meras distinciones formales de denominación, mientras que en otros casos éstas serán el resultado de divergencias reales de contenido en lo que respecta a sus funciones y actividades realizadas (Leal Maldonado *et al.*, 1995: 88, 135).

Justo ha de ser reconocer desde el primer momento que en un proceso tal como el de la reciente eclosión equipamentadora muchos han sido los actores y factores que han convergido para su consumación. Partir se suele para este diagnóstico del hecho reconocido de la oportunidad del marco contextual económicamente expansivo y políticamente democrático en el cual se han movido el grueso de los países occidentales durante la última postguerra bajo el manto integrador establecido por los estados del bienestar. Un marco en el cual ha tomado cuerpo la decisión política de favorecer un pacto entre clases sociales facilitador del mantenimiento negociado de la distribución de unos beneficios que se habían visto garantizados por el crecimiento estable de los recursos presupuestarios disponibles. Formando parte del panorama general, las exigencias de producción y reproducción de un sistema político, social y laboral cada vez más rico y complejo estarían llamadas a acompañar un proceso de producción equipamental que, al menos durante algunas décadas, tuvo capacidad suficiente para alimentarse a sí mismo.

Esta etapa provocaría un dinamismo edificador que habría de hallar explicaciones sucesivas tanto en propuestas analíticas cuya clave sería la procura de un reajuste sistémico funcional (Ledrut, 1974), en la misma perspectiva crítica foucaultiana del despliegue ubicuo y próximo de las formas modernas del poder (Fourquet *et al.*, 1978), como más recientemente en los mismos sistemas de acción concretos en el seno de los cuales se produjeron este tipo de decisiones (Urfalino, 1996).

En todo caso, y en el ámbito de las acciones específicamente relacionadas con la promoción de equipamientos, muchos han sido los argumentos y las pasiones que hacia ella han convergido. En un oscilante itinerario cíclico de

demanda-oferta-equipamentación, los movimientos sociales se han frecuentemente llenado de contenido ora presionando, ora buscando el amparo del responsable político local al tiempo que han coincidido con él en el intento por colmar de sentido sus respectivas misiones. Unos y otros supieron entronizar como pilar de su defensa de la promoción equipamental la indiscutida razón de su procurada y supuesta función democratizadora.

Respecto de la vinculación de los movimientos sociales al compromiso de la promoción de nuevos equipamientos y servicios a la comunidad en casos como el francés, hemos visto incluso surgir en los inicios del proceso una serie de organizaciones especializadas que se centraron en el logro de este tipo de objetivos, actuando a veces desde los ámbitos locales y en ocasiones desde plataformas dotadas de un alcance estatal. Con este motivo, en el año 1964 se creaba de manera pionera en la ciudad de Grenoble la «Asociación para una Casa de la Cultura», la cual daba continuidad a la que fuera fundada en 1958 bajo la denominación de «Acción Cultural por el Teatro y las Artes». Por su parte, de alcance estatal lo fue la «Federación Nacional de Casas de Jóvenes y la Cultura», organización francesa cuyo objetivo prioritario había sido el de promover la creación de este tipo específico de espacios.

En lo que se refiere al caso español, lo primero que resulta reseñable es, junto con la ausencia de entidades promotoras específicas de alcance estatal y la dispersión de las iniciativas de la administración, la contrastada influencia ejercida por el conjunto de los movimientos sociales urbanos, y de modo prioritario por las asociaciones vecinales, en la lucha reivindicativa por la creación de equipamientos culturales (Rodríguez Villasante, 1976; Urrutia Abaigar, 1985; Borja, 1983; Leal Maldonado y Ríos Ibars, 1988; Kapstein y De la Barra, 1979), llegando a propugnar alguno de estos autores el rol protagónico de este tipo de colectivos sociales en la detección y definición de los objetivos equipamentales locales.

Decía Nietzsche en su *Crepúsculo de los Ídolos* que la arquitectura, el equipamiento al fin es un producto de ésta, era una especie de elocuencia retórica del poder expresada en formas. Sin duda la riqueza semiológica y la capacidad de permanencia de la obra equipamental habría de resultar necesariamente atractiva para unos políticos interesados en todo aquello que sirviese de eco y huella de su propia condición (Poujol, 1983). En este sentido ha de entenderse la valoración de Djian (1996: 86) cuando, algunos años más tarde y a propósito de Miterrand, afirmaba que «para un hombre de formación clásica, ansioso de perennizar su nombre, no [era acaso] el mejor modo el de hacerse perenne a través de la piedra (...) La arquitectura será el instrumento necesario para que se recuerde su paso por las más altas instancias de la República». Asimismo y en lo relativo al equipamiento específicamente cultural, éste se ha visto llevado a cumplir una peculiar función propagandística en la medida en que las distintas instancias del poder al comprometerse con la nobleza de la obra cultural parecen haber querido apropiarse algo del supuesto efecto benefactor de su aura y prestigio.

Como lubricante de todo este proceso ha actuado con la fuerza del mito la hipótesis, a menudo reificada, de unas «necesidades sociales» (Pitrou, 1992) llamadas a inspirar y dar cobertura de pertinencia a toda iniciativa de vocación equipamentadora. A ello han servido instrumentos de tanta fragilidad como las «encuestas de necesidades», condenadas a escurrirse entre las manos del investigador cuando a la pregunta de si el interrogado deseaba la implantación de este o aquel equipamiento se le añadía simplemente una coletilla complementaria dirigida a conocer la voluntad y la disponibilidad concreta de éste respecto de su posible frecuentación futura. No obstante y a pesar de todos los pesares, este tipo de instrumentos han cumplido fielmente su función de apoyo como soportes de un concepto —el de las necesidades— frecuentemente convocado como pretexto para actuar en clave de mito retroalimentador.

De todos modos, este peculiar «toma y daca» que busca cobijo en el juego de la promoción equipamental no logra conjurar la derivación inexorable de algunos efectos no procurados tales como aquel que remite al hecho, empíricamente vivido por los líderes comunitarios, consistente en que con relativa frecuencia el éxito de la lucha que culmina el logro equipamental marca la inflexión de un progresivo declive de la participación comunitaria en la vida social (Kaufmann, 1978; Coraggio, 1989). Ello va a verse, además, incrementado por la circunstancia de que el equipamiento recién construido al ofrecer un nuevo servicio regular tiende a ejercer un sutil raptó de todas aquellas dinámicas asociativas más o menos informales y voluntaristas que lo habían precedido. De ese modo y paradójicamente, el proceso equipamentador puede tender a favorecer diferentes formas de repliegue narcisistas consumables en formas tales como la ya apuntada del aletargamiento de la participación comunitaria¹.

El juego genera su propia dinámica y sólo a través de él los actores parecen poder definir su posición, la razón de su acción. Los políticos a su través, y prestigiándose, se mantienen. Los líderes comunitarios arraigan y renuevan así los vínculos productores de la política local. Los técnicos y profesionales convocados por el proceso al conseguir acomodo afirman su función y definen su dominio. El movimiento social, y acaso temporalmente, es posible que resulte ser el único que parece perder algo al verse en mayor o menor medida vaciado de contenidos. Tras este escenario será el sistema, la sociedad misma, la que logre establecer nuevos sentidos tras haber apostado por la creación de unos objetivos llamados a fraguar en la forma consolidada del equipamiento y sus servicios.

La eclosión de nuevos espacios para los servicios culturales no refleja únicamente la vocación de reacondicionamiento político continuado propio de las democracias avanzadas, sino que su despliegue se encuentra intensamente rela-

¹ Justo es reconocer aquí, tal y como hemos constatado en una obra reciente (Bouzada, 1996: 215), cómo en algunos ámbitos sociales tales como ciertas parroquias del periurbano vigués la existencia de un equipamiento comunitario «sabio» ha servido para canalizar expectativas, desarrollar nuevas potencialidades socioculturales, así como para, en fin, reinventar formas de comunidad. En idéntica dirección, J. Remy *et al.* (1992: 133).

cionado con exigencias más concretas del sistema tales como la de su reproducción económica o, entre las de tipo social, con la de la conveniencia de dar respuesta a las nuevas demandas laborales surgidas entre los grupos emergentes de las nuevas clases medias profesionales.

No obstante, la función democrático-integradora del equipamiento cultural y sociocultural es perceptible, junto con la vocación participativa a la que se vincula, al insertarse en las lógicas que se diseñaron en las áreas democráticas occidentales durante la larga fase de expansión económica vivida entre los años cincuenta y setenta.

LAS CASAS DE LA CULTURA: GÉNESIS Y LÓGICAS DE IMPLANTACIÓN

En el caso francés, paradigmático en este aspecto, la eclosión equipamentadora surgió con la fuerza pionera de la democratización cultural durante el cambio de década de los cincuenta-sesenta, bajo los auspicios del que fuera ministro de Cultura André Malraux².

La obra cultural de Malraux, centrada en la creación de las «Casas de la Cultura», gozó de toda una ambigua magnificencia oscilante entre la autoexaltación de la democracia reconquistada y el afán ilustrador del hombre de cultura de izquierdas³.

La Casa de la Cultura ejerció en el declarado objetivo democratizador de transformar un privilegio de escogidos en un bien compartido. Su obra, a pesar de las dificultades que hubo de sortear⁴, no se halló tampoco exenta de estímulos favorables y así el sorprendente resultado conseguido con la Casa de la Cultura de Bourges, población de 65.000 habitantes, que llegó a alcanzar el número de 7.357 adherentes, condujo al ministro a declarar en aquellos años que: «Nada semejante ha acontecido jamás en el mundo, bajo ningún régimen. Jamás el 10% de una nación se encontró reunido en el campo del espíritu»⁵.

² André de Baecque (1967: 12): «Le 24 de juillet de 1959, le gouvernement a décidé la création d'un Ministère d'État chargé des Affaires culturelles dont la responsabilité a été confié a André Malraux (...) en créant ce nouveau Ministère d'État, le gouvernement s'est reconnu une charge nouvelle —rendre les biens de la culture accessibles à tous les français par des voies autres que celles de la connaissance—».

³ Ph. Urfalino (1996: 56). Quede constancia de que el proceso de promoción y construcción de «Casas de la Cultura» tuvo poco de estable, tanto en lo relativo a las orientaciones políticas precisas que lo inspiraron como en lo relativo a la solidez y generosidad de los soportes presupuestarios de los que dispuso.

⁴ Baste aquí recordar al respecto básicamente dos ideas. Una, que el aparente apoyo de De Gaulle a Malraux fue tan reconocible como modesto en la autonomía financiera otorgada a su departamento (Djian, 1996, y Urfalino, 1996). Y, en segundo lugar, que en una gran medida la historia de las Casas de la Cultura de Malraux ha sido frecuentemente evocada en la clave de la historia de un fracaso, el fracaso de la comedia utópica de la «democratización cultural».

⁵ A. de Baecque (1967: 45).

El nuevo equipamiento surgía orgulloso y con decidida convicción de afanarse en producir una conmoción alentadora en la sociedad francesa de los primeros años sesenta, disponiéndose a suscitar curiosidades y a producir controversias que promoviesen al mismo tiempo el desarrollo de una cultura viva. Y hacia esta cultura se convocaba a todos los ciudadanos, al obrero como al maestro, al labrador como al funcionario, al jubilado como al general, al becario como al millonario. Sin ningún tipo de discriminación, todos ellos eran inicialmente emplazados para aproximarse a las casas de la cultura y a, por ellas, circular libremente.

El éxito de la idea fue tal que durante los inicios de la década de los sesenta un gran número de candidatos a los poderes municipales las incluyó en sus programas como objetivo prioritario, de tal manera que entre 1961 y 1965 se construyeron en Francia más de veinte casas de la cultura en ciudades importantes⁶.

Las casas de la cultura emergían, asimismo, como obras abiertas y polivalentes⁷ en las que afloraba un deseo por descentralizar los ejes cardinales de una creatividad cultural que en Francia parecía de modo inexorable forzada a mantenerse situada en el macrocentro parisino. Al lado de estos objetivos, la propuesta defendida por Malraux procuraba abrirle nuevas vías a la moderna República naciente, en la cual el arte y la cultura estaban llamados a jugar un papel protagónico en el seno de una democracia laica. En la delicada situación en la que va a tomar cuerpo la nueva República tras el trauma de la Segunda Guerra Mundial, Malraux, en congruencia con su ideario humanista y laico, va a optar por volver la vista a la concepción kantiana del arte como «comunicación universal sin concepto» en aras de convertirlo en un sustituto de la religión en el seno de una sociedad dominada ya por la lógica de la racionalidad científica. Desde esa perspectiva, la política de las casas de la cultura fue concebida como lugar de reformulación de la comunidad política en base a una convergencia del arte y el público realizada de un modo libre de las ataduras de convenciones doctrinarias concretas. Las casas, concebidas al modo de peculiares «zonas francas», se hallaban referenciadas primero en su ciudad y luego en el contexto más amplio de la nación-estado. Simbólicamente connotadas y efectivas en su concepción y distribución, las casas se ven compelidas a actuar con la eficacia de una «máquina social» al tiempo que con el aura formal de una nueva catedral de vocación laica (Urfalino, 1996: 169 y ss.).

Éstos eran los objetivos que se declaraban en voz alta. Como sucede en ocasiones, un subalterno del ministro, E. J. Biasini, director de la Action Culturelle⁸ y responsable de su implantación, se encargaba de declarar que la vertebración de modo regular de un tejido de casas de la cultura en todo el

⁶ A. de Baecque (1967: 26).

⁷ En un discurso de Malraux a la Asamblea Nacional, del 13 de noviembre de 1968, éste declara: «Les Maisons de la Culture sont polyvalentes: elles abritent tous les arts, elles accueillent dans leur diversité les activités culturelles de toute région, de tout pays».

⁸ E. J. Biasini (1962) y C. Gilbert (1984: 45-57).

territorio francés permitiría, además de resistir el embate de una sociedad de masas, hacer emerger una nueva y realizada clase de notables, la de los «notables culturales». Más allá del ministro, la boca pequeña de su colaborador parece anunciar unos objetivos que nos aproximan a los muy pragmáticos fines políticos de reconducir y diversificar la vertebración y jerarquización de la recuperada sociedad democrática. Esta doble vinculación desde la que se ejerce la política cultural de Malraux no puede por necesidad ser ajena a toda la gama de tensiones que procedentes de la derecha y de la izquierda aquejarán a su experiencia, obligando a sortear a unos y a otros durante el período de gobierno de De Gaulle y aun durante la etapa de Georges Pompidou.

A partir de aquí, y con las raíces en este doble discurso en el que el objetivo democratizador solapa al jerarquizador, va a tener lugar una eclosión equipamentadora que, de algún modo, quizá pueda resultar irreplicable en su intensidad y decidida convicción. Ciudades como Grenoble se vieron afortunadas con una posición privilegiada en cabeza del proceso⁹. En esa población los esforzados luchadores por la popularización de la cultura, reunidos en torno al colectivo *Peuple et Culture*, desplegaron su acción pionera abriendo camino a un proceso que se mostró, durante aquellos años y por diferentes motivos, imparable¹⁰. Tal fue el impulso alcanzado en Francia que, terminada ya la década de los setenta, el número de equipamientos construidos, que había partido de cero, alcanzó volúmenes sorprendentes: en torno a 3.000 Casas de Juventud, 800 centros sociales y socioculturales, 700 Hogares de Jóvenes Trabajadores, 1.300 Hogares Rurales, 450 Casas de la Infancia, 2.000 de los denominados *Mille-Clubs* y, en fin, un número crecido de casas de la cultura abiertas también en estos momentos a lo sociocultural¹¹.

Al Estado español llegará inevitablemente tarde este flujo. Las causas políticas van aquí en gran medida cogidas de la mano de aquellas otras de carácter socioeconómico. El proceso, más tardío entre nosotros, se produjo también con un menor impulso, acaso debido a que una invitada inesperada, la crisis económica de los años setenta, no permitiría ya tales alegrías en el diseño de utopías culturales. A finales de la misma década de los setenta, un experto español en el campo de la acción cultural, Adolfo Maíllo, intentaba entre nosotros resumir este proceso: «Los seguidores españoles de la iniciativa de Malraux carecían de su predilección hacia “camino culturales que no fueran los del conocimiento”;

⁹ Sobre este tema, v. M. Pongy (1987: 269 y ss.).

¹⁰ Este proceso al que hacemos referencia va a dilatarse sobre todo a lo largo de la década de los años sesenta, período durante el cual se confrontarán básicamente dos modelos de política cultural que surgen de la idea inicial de Malraux y que se caracterizarán el uno por hacer hincapié en la calidad, especificidad y protagonismo de la función cultural en torno a la gran cultura y a sus soportes, las casas de la cultura, frente a otra línea más abierta a la comunidad, más transigente en los posibles maridajes entre lo social y lo cultural, al tiempo que partidaria de promover otros tipos diferentes de espacios y servicios de vocación sociocultural diferentes de las casas de la cultura (Urfalino, 1966).

¹¹ G. Poujol (1982).

antes por el contrario, fueron las conferencias culturales el vehículo preferido de las actividades de las Casas de la Cultura españolas, entreveradas de algunas exposiciones artísticas generalmente modestas, a lo que contribuía no poco la escasez de medios económicos con que las dotaba la Administración¹². A partir de la fecha a las que se refiere Maíllo, considera Eduardo Delgado que se desencadena la etapa de mayor intensidad equipamentadora, y que este autor sitúa entre los años 1979 y 1982: «Evidentemente se empezó por lo más convencional: museos y bibliotecas, siguieron las salas polivalentes para la difusión y la reforma de los archivos, escuelas de música, artes plásticas, etc. ... los más atrevidos plantearon casas de cultura, casas de jóvenes, etc.»¹³. En general, ese proceso se difundió con una ostensible ausencia de modelos que definiesen lógicas, contenidos y perspectivas de funcionamiento¹⁴.

En el Estado español se careció de un modelo de política cultural que enmarcase la eclosión equipamental. Acaso las premuras políticas del momento, la celeridad con que la oposición de izquierda se vio instalada en áreas de poder, junto sobre todo con la atomización y la dispersión inexorable que provocó a nivel de políticas culturales la progresiva consolidación de la España de las Autonomías, probablemente lo hayan dificultado. Sin duda, en lo relativo a una posible valoración positiva y acrítica de los efectos sociopolíticos de la Acción Cultural democratizadora, las ideologías de la izquierda europea de 1960 resultaban mucho más optimistas y abiertas a utopías que aquellas existentes a finales de la década de 1970.

Aquí la falta de modelos de referencia actuó como una indefinición multiplicadora de dinámicas cuantitativas que sustituían la ausencia de políticas culturales por la simple adición de proyectos¹⁵, entendidos éstos como respuestas puntuales más que como partes integrantes de un proyecto global. La fuerza de esa tendencia fue tal que consiguió que esa práctica, aun teniendo su punto de apogeo y en general de partida en decisiones políticas de la izquierda, alcanzase también con un empuje arrollador a aquellas de la derecha. En este caso, probablemente la falta de polarización política en torno a las decisiones equipamentales culturales dio lugar a que estas iniciativas no surgiesen exclusivamente desde la izquierda, siendo sin duda los factores de tipo socioeconómico y de matiz simbólico-populista los que han contribuido a aproximar ambas decisiones. Aquí la derecha más o menos liberal actuó en clave pragmática y la izquierda de un modo posibilista y comedido.

¹² A. Maíllo (1979: 76).

¹³ E. Delgado (1979: 290).

¹⁴ J. Leal Maldonado (1986: 34).

¹⁵ H. Santcovsky, en Abast-1, *Quaderns de Reflexió*, p. 4: «La izquierda (...) ha desarrollado esquemas de intervención dirigidos a suplir carencias y gestionar correctamente más que a la creación de un diseño del espacio socio-cultural». Sobre este mismo asunto, y en referencia a la experiencia francesa, Urfalino (1996: 285) afirma que: «En las [alcaldías] de derechas, en las que se rechaza frecuentemente la idea de una política cultural, lo "cultural" remite al servicio cultural y éste se halla cuidadosamente separado de lo socio-cultural (...) Además el responsable de cultura suele poseer un poder inferior al de sus homólogos de izquierda...».

CUADRO 1

Análisis de la implantación de equipamientos culturales en función de diversas variables sociológicas y demográficas

<i>Variables predictoras</i>	<i>Coefficientes correlación simple</i>	<i>Coefficientes beta</i>
Superficie	0,024	0,001
Número de parroquias	-0,053	-0,097
Censo	-0,487	-0,248*
Densidad población	-0,416	-0,050
Tasa natalidad	-0,268	-0,002
Renta per cápita	-0,259	-0,033
Índice de depresión municipal ...	-0,465	-0,253*
Nacionalismo	0,018	0,073
Izquierdismo	-0,109	-0,088

Varianza explicada $R^2 = 0,28$; Cociente F (9,292) = 12,89; P(F) < 0,001.

* $P(\beta) < 0,01$.

Al menos estas reflexiones son las que parecen derivarse de la elaboración de los datos estadísticos procedentes de la Comunidad Autónoma gallega a los que aquí hacemos referencia. A partir del cálculo de una Regresión Múltiple (v. cuadro 1) hemos podido comprobar cómo aquellas variables que mayor peso explicativo poseían sobre la existencia o no de equipamientos culturales en el municipio resultaron ser, y por este orden: el número de habitantes de éste, el índice de depresión municipal¹⁶ y su densidad de población. Resultando ser, por el contrario, totalmente nula, al nivel específico de la dotación o no del ayuntamiento de una casa de la cultura —y en el caso concreto de la Comunidad Autónoma de Galicia—, la incidencia de la línea ideológica del partido gobernante en el municipio. No parece influir ni su ubicación a derecha o izquierda, ni tampoco la mayor o menor polarización nacionalista de éstos.

Los datos que nos aporta el Análisis Factorial parecen circular en la misma dirección y así comprobamos cómo el único factor (Factor I) que parece resultar relevante a nivel de explicar la existencia o no de equipamientos culturales en los municipios gallegos resulta ser aquel que aglutina a las variables censo, tasa de natalidad y renta per cápita.

¹⁶ Incluimos aquí un indicador de Depresión Municipal inspirado en el propuesto por X. M. Mella, elaborado a partir de veintiséis variables de carácter demográfico, social y económico, y a partir del cual se obtuvo un índice relativo para cada uno de nuestros municipios. Digamos asimismo aquí que los restantes datos utilizados proceden del Censo del año de 1991 o lo son de elaboración propia.

CUADRO 2

*Estructura factorial rotada del equipamiento cultural
y de las variables sociodemográficas*

<i>Variables</i>	<i>Factores</i>		
	<i>I</i>	<i>II</i>	<i>III</i>
Superficie	-0,13023	-0,90945	-0,01287
Número parroquias	-0,01169	0,91444	-0,03417
Censo	0,85220	0,27294	0,05196
Densidad población	0,82558	-0,34117	0,06225
Tasa natalidad	0,62299	-0,07279	-0,05397
Renta per cápita	0,57828	-0,10898	-0,04192
Índice de depresión municipal	0,87213	-0,26177	0,07841
Nacionalismo	-0,06117	0,00917	0,89413
<i>Equipamiento cultural</i>	-0,65635	-0,13625	-0,05707
Izquierdismo	0,10310	-0,05561	0,88754

El segundo factor que aproxima «superficie del municipio» y «número de parroquias» no tiene influencia sobre la variable «equipamiento cultural». Del mismo modo, quizá en contra de lo que se podría pensar, el tercer factor de carácter político, medido de acuerdo al grado de izquierdismo y de nacionalismo del grupo que ostenta el poder municipal, resulta, también en este caso, no mostrar ninguna influencia sobre las políticas locales¹⁷ en lo que se refiere a la creación de equipamientos culturales. Evidentemente, aquí nos referimos de manera global a lo que acontece en el conjunto de Galicia; conviene acaso aclarar que no siempre cifras tan generales pueden explicar de modo completamente satisfactorio la totalidad y diversidad de los casos que se producen. También es preciso matizar aquí estos datos con la constatación de que, salvo durante un breve lapsus de dos años escasos a finales de la década de los ochenta, la práctica totalidad de la vida política autonómica del país ha estado en manos de gobiernos de centro-derecha, lo cual sin duda no ha de ser ajeno en alguna medida a estos resultados.

Las casas de la cultura habían sido definidas por Biasini en sus inicios en el año 1961, reflejando la posición del Ministerio francés de Asuntos Culturales, del siguiente modo: «Una casa de la Cultura no es una sala de fiestas, el centro cultural comunal, la sede de las asociaciones o el hogar tanto tiempo esperado por las valientes cohortes literarias o musicales del lugar. Ella no es el local soñado por los profesores de las clases nocturnas, los pintores domingueros o las

¹⁷ Conviene aclarar aquí que nos referimos exclusivamente al hecho de que se hayan creado —o no— a nivel municipal casas de la cultura o equipamientos de características similares, y nunca al modo como éstos sean gestionados o funcionen, ya que en ese aspecto y a ese nivel específico, sin duda, podrán resultar constatables las diferencias.

sociedades folklóricas». Con esta prosa, Biasini aportaba una irónica definición a la contra de lo que no eran o no deberían ser las casas de la cultura. Quería dejar claro que éstas eran algo diferente a meros centros socioculturales¹⁸. De todos modos, esta concepción, años más tarde y ya en pleno terremoto de mayo de 1968, iba a ver controvertido su calmoso elitismo¹⁹. Los directores de casas de la cultura, reunidos en Villeurbanne durante el mítico mes, pondrán en cuestión su modo de funcionamiento, afirmando que éstas deben tender a ser lugares de creación y no meros almacenes de espectáculos privilegiados para una política de acción cultural dirigida a promover el acceso a los bienes de la cultura al mayor número posible de ciudadanos.

De este modo, el modelo globalizador de una macrocasa de la cultura para toda la población mostró sus debilidades y sus proclividades elitistas, favoreciéndose de ese modo un cambio que en torno a los años setenta recondujo a estos equipamientos hacia una vocación sociocultural y a una implantación reticular y circunscrita a nivel de barrios²⁰.

El conflicto entre ambos modelos que ocupará el cambio de década va a poner de manifiesto la existencia de dos planteamientos distintos que en muchos casos suponían una falsa alternativa, pues en gran medida ambos tipos de funcionamiento se concretaban en públicos y territorios diferentes (centros de grandes ciudades y de ciudades universitarias para las casas de la cultura y barrios o pequeños pueblos para el segundo modelo). Al mismo tiempo que el peso impuesto por la realidad de los hechos era tal que difícilmente un centro sociocultural podía funcionar polarizándose hacia uno de los dos modelos con carácter exclusivo²¹. Hasta tal punto resulta concluyente la presión e interacción

¹⁸ Debemos, llegados aquí, hacer justicia al reciente y documentado trabajo, ya citado por nosotros, de Urfalino (1996), en el cual se analizan con detenimiento los matices de las distintas políticas que sustentaron el proceso de creación de las casas de la cultura en Francia. En opinión de este autor, «el ministerio Malraux, frágil desde su creación, había tenido que definir su especificidad y mostrar su necesidad diferenciando sus iniciativas de las de la Educación Nacional y sobre todo del Secretariado de la Juventud y los Deportes. Por su parte, Jacques Duhamel, será partidario de los equipamientos polivalentes en los pueblos de tamaño mediano y pequeño, implicando la colaboración de los tres ministerios» (p. 251).

¹⁹ F. Jeanson (1973: 93). Un autor que había desde temprano apostado por el enfoque sociocultural fue el sociólogo Lucien Trichaud; v. L. Trichaud (1968 y 1976).

²⁰ J. Renard (1987: 82): «C'est ainsi qui fut engagée une politique d'équipements banalisés, de maisons de quartier, d'équipements de voisinage, qui étaient plus modestes et plus légers, souvent polyvalents, destinés en tous cas à répondre de manière plus souple aux attentes de la population».

²¹ Durante este mismo período, la presión ejercida por el entorno social en el sentido de reclamar espacios socioculturales adaptados a sus requerimientos no se produjo de modo exclusivo en Francia, sino que también en el área anglosajona se dejaron notar idénticas influencias; R. N. Morris y J. Moge (1965: 71): «In terms of popularity, the main attractions of the center were undoubtedly the jumble sales and the bingo drives (...) These activities owe some of their popularity to the assistance which they give to families in adjusting to the sharp contrast between the primary social relationship in their families and the secondary relationship experienced in the wider society».

entre ambas realidades que lo habitual, allí como aquí, en poblaciones pequeñas con un cierto nivel de entidad, ha sido la inclusión forzada en los equipamientos, al margen de su vocación inicial declarada, de actividades culturales de los dos tipos.

Si nos detenemos a observar qué valoración realizan los ayuntamientos gallegos acerca de cuáles son los equipamientos de tipo sociocultural por los que mayor interés manifiestan²² comprobamos cómo se decanta de manera contundente un interés prioritario por las «casas de la cultura» (52,7%), las cuales comparten preferencias a una distancia considerable con los «centros polivalentes», seleccionados en primer lugar por un 16% de los municipios en su mayoría menores de 5.000 habitantes, que acaso los ven como más viables y adecuados a su realidad poblacional, cultural y financiera. No obstante, hay que insistir en que incluso la mitad de los ayuntamientos con menos de 5.000 habitantes se inclinan de modo prioritario por la opción «casa de la cultura».

En el caso de Galicia, la prevalencia del modelo «casa de la cultura» difícilmente puede explicarse partiendo de su supuesta vocación elitista y culturalista. Sin duda, aquí la denominación oculta una táctica del político local dirigida a aproximarle a un concepto, el de cultura, prestigioso y portador de connotaciones positivas que cuentan con un eco candorosamente favorable en el seno de la comunidad local.

En caso contrario, la propia realidad social y cultural de los municipios pequeños, y aun de los medianos, se encargaría de transformar una concepción y una programación cuando ésta se hallase sesgada en exceso hacia la cultura de élite. La sanción del público actuaría en ese proceso como un mecanismo de reconducción.

LA CASA: AURA Y METÁFORA

La casa enraizada en el origen del hombre se despliega concéntricamente como productora de múltiples metáforas. A la casa se remontan esas imágenes primitivas, esos arquetipos que fluyen desde el fondo de la memoria. La casa reproduce aquellas sensaciones mayores del ser primitivo: el calor y el adentro²³. La casa primera, la natal, está capacitada para permanecer como un trazo indeleble en los surcos de la memoria.

Levantar los muros de una casa es inaugurar un microcosmos que aspira a perpetuarse²⁴. La casa construida deviene una entidad moral detentadora de un dominio a la vez material e inmaterial. Un dominio tras el que gravita un territorio conquistado ostentador de unos límites precisos²⁵. La casa se muestra, en

²² X. Bouzada (1991).

²³ J. C. Kaufmann (1988: 72-73).

²⁴ A. van Eyck (1972: 94-97).

²⁵ C. Lévi-Strauss (1987: 34).

fin, como un denso significativo que aspira a dar acogida al grupo sedentariizado.

Equidistante de la casa seminal se halla su primera metáfora, la otra casa, el templo²⁶. El templo evoca al antiguo aposento que dio cobijo al hombre que iba al encuentro de otros hombres y mantiene viva la aspiración de darle respuestas a aquellos que vibran aún ante el desafío de reiniciar nuevos vagabundajes. Unos templos constituidos en dobles del primer refugio que al definir su nueva especificidad se ven compelidos a retirarle al espacio heredado algunas de sus funciones originarias²⁷.

La otra casa, las otras casas, tras evocar a la primera, se habían ido poco a poco haciendo frías, sin fuego ni agua, y después de renunciar al desván, a la bodega²⁸, se consolidaron ejerciendo en lo público. Mientras, la arquetípica habría de seguir conservando el aura primitiva de refugio grupal.

La nueva casa, desarrollada ya en las estribaciones de la modernidad, va a ejercer una labor integradora que buscará extender su obra y su mensaje hacia el entorno social en el que se ubique. Del mismo modo que la casa cálida afectiva y primitiva del grupo reducido se mudó en la nueva casa abierta y social de la cultura, ésta va a afanarse en llevar a término una labor dirigida a hacer sociedad allí donde preponderaban las relaciones primarias y comunitarias²⁹.

²⁶ J. Pezeu-Massabuau (1988: 173): «Pero es más bien un mito fundamental el que la vivienda repite formalmente. Su forma general, redonda o cuadrada, reproduce a menudo la del santuario, aunque sea “a contrario”. Más allá de sus diferencias, el templo griego y la casa participan del mismo modelo tipológico». *Le Monde*, 17-11 de 1989, en una entrevista al arquitecto español Bofill, y a la pregunta ¿Quelle serait la plus belle construction de l’univers?, responde: «Le temple grec, parce que c’est la maison vernaculaire, architecturée, la vraie maison de l’art, la “casa”. Là où l’on réfléchit, d’où l’on a regardé la nature, et où l’on a la capacité d’analyser la vie».

²⁷ J. Pezeu-Massabuau (1988: 127): «La presencia de instalaciones colectivas —pozos, lavaderos, hornos, molinos, mercados— despoja a la casa de una parte de sus funciones materiales».

²⁸ G. Bachelard (1983: 35 y 42); J. Pezeu-Massabuau (1988: 207): «El ritual de la comida —en la casa— tranquiliza al individuo socializándolo al máximo».

²⁹ «El discurso sobre la acción cultural es casi siempre heredero de una nostalgia de la comunidad y del miedo a la anomia social. El ansia por hacer de la cultura un objeto de acción se acompaña muy a menudo de la voluntad de reunir a los miembros de una sociedad, de la voluntad de crear un vínculo social (...) —en base al modo de funcionamiento de las Casas— la población de un pueblo pequeño será reunida dos veces: primero con la cooperación de todos los habitantes para montar el espectáculo —de teatro— (...) y más tarde como público iniciado y activo cuando viene a la villa el espectáculo parisino» (Ph. Urfalino, 1996: 164). Si bien ciertamente éste es el planteamiento en la etapa Malraux, es preciso indicar que su sucesor en las responsabilidades de la gestión de la cultura en el Ministerio, J. Duhamel, va a establecer una reorientación a partir del año 1972 que le condujo a relativizar el peso protagónico del equipamiento, trasladando desde él su atención a la comunidad misma. «La experiencia —afirma en un discurso a la Asamblea durante ese mismo año— me ha dado la convicción de que es ante todo en su medio natural, es decir, la ciudad, la provincia, la región, donde la exigencia de cultura se enraiza y se desarrolla» (Ph. Urfalino, 1996: 249). Desde aquí la cultura ha vuelto hacia la red de socialidad (G. Pronovost *et al.*, 1994) y, desde ella y desde los nuevos públicos de la cultura y en aras de nuevos y sugerentes vagabundajes, ha ido a la reconquista de otros espacios y otros territorios para la acción cultural, situados ahora ya lejos de la ciudad (A. Fortin, 1994).

Los nuevos templos, las nuevas casas, han escogido cubrir sus desnudeces con una llamada de apoyo al arte de la arquitectura que ha fecundado prácticas y contenidos de la cultura popular³⁰. Una casa y un templo no son sólo ni sobre todo piedra y ladrillo³¹, ellos son portadores de un bagaje de mensajes que en forma simbólica actúan como y desde la cultura. Las catedrales que el siglo había visto erguirse a la mayor gloria del Señor no eran simple estructura de apoyo a demandas de la comunidad, su fuerza y belleza no podrá nunca ser explicada sólo por este único impulso. En ellas yace una particular y densa potencia que les ha permitido incluso perdurar en el tiempo³².

LA DISTANCIA A LA CASA

Desde la sociocultura se ha reflexionado también, aunque de modo escaso, acerca de aquello que podríamos denominar como el «frío del equipamiento». Este concepto, quizá etéreo en exceso, quiere hacer referencia a una particular incapacidad de la obra arquitectónica para ejercer como comunicadora³³. Ciertos equipamientos, acaso por un exceso de rancia monumentalidad, pueden recalcar la lejanía social selectiva en vez de amortiguarla³⁴. Un cajón de cómoda vacío es inimaginable, decía Bachelard. En ocasiones es así como se muestran para algunos públicos ciertos equipamientos: como templos ascéticos de una religión distante.

En otros casos, la excesiva y tendenciosa semantización del equipamiento lo convierte en signo que se nos impone, en territorio opresivo a rechazar³⁵. El

³⁰ M. Verret (1988: 125): «Car l'image a toujours été (...) un des supports majeurs de l'apologétique et de la didactique religieuses pour les 'illiterati' (...) Sous forme associée à l'architecture, et comme elle non reproductible, puis sous forme séparée et miniaturisée, quand l'imprimerie la rendit reproductible...».

³¹ Y. Barel (1982: 203): «Une prison de pierres et de briques avec ses fenêtres à barreaux n'est pas seulement une machine à tenir les gens enfermés: c'est aussi une représentation tangible du principe de répression sociale et du pouvoir de généralisation indéterminée de cette répression».

³² H. Arendt (1972: 267).

³³ J. A. Simpson *et al.* (1980: 154): «Algunos animadores experimentados opinan algunas veces —y es cierto— que las instalaciones de este tipo (equipamientos socio-culturales) tienen proporciones tales que reina en ellas un ambiente imponente y frío que hace huir a cierto público (...) [se] afirma que "son las pequeñas instalaciones dispersas las que ofrecen las mayores posibilidades"; asimismo, J. Renard (1987: 82): «La localisation des équipements culturels, leur aspect architectural qui a quelque fois provoqué un effet inhibiteur, les contraintes de la vie urbaine définissaient ainsi les limites de la démocratisation culturelle».

³⁴ P. Bourdieu y A. Darbel (1969: 35): «est au yeux du public populaire, un des indices de ce qui est parfois ressenti comme une volonté de tenir à distance le non initié (...) le caractère sacré, séparé et séparant, de la culture légitime, solennite glacée des grands musées, luxe grandiose des opéras et des grandes théâtres, décors et decorum des concerts».

³⁵ J. C. Kaufmann (1988: 74): «Et les plus magnifiques d'entre elles (les châteaux) sont les symboles que brûlent les pauvres en colère»; P. Bourdieu (1984: 239): «A l'effet de la provoca-

equipamiento puede mostrárenos como el viejo castillo quemado en la revuelta antiseñorial, como la escuela básica que el joven suburbial agredió con una violencia que el cronista calificó de vandálica o bárbara.

Si la frialdad autoritaria, majestuosa y distante puede agrandar y, con frecuencia, agranda distancias, el exceso de imaginabilidad del equipamiento puede actuar inhibiendo y coartando la acción y la comunicación³⁶.

Los grados de semantización desde los que ejerce el equipamiento, como proyecto de espacio para el consumo colectivo de eventos culturales en el que se erige, hace que éstos se nos presenten como ejemplos de un ensayo definido por el deseo de imponer una igualdad forzada al diálogo con o entre los diferentes niveles de cultura (Giner, 1996: 182). Más cerca del voluntarismo que de los hechos objetivos, este tipo de propuestas emergen como intentos recurrentemente fallidos. Poco convincente resulta el argumento humanista que sueña con que las clases desfavorecidas podrán disfrutar de los placeres de la cultura elevada en base a una dosis incrementada de algo más de tiempo y atención por parte de los servicios culturales y los medios de masas. Antes al contrario, hoy en día las formas artísticas de vanguardia parecen resultarles particularmente incómodas a las personas poco cultivadas en la medida en que éstas parecen concebidas para poner en evidencia ostensible la lejanía de los no iniciados respecto de este tipo de productos (Shusterman, 1992: 106). En el otro extremo nos encontramos con que aquellos individuos pertenecientes a los sectores sociales más acomodados disfrutan, sin embargo, de una mayor capacidad para poder obtener rendimiento del uso y disfrute de unos bienes (Harvey, 1976) que se suponían creados, al menos en parte, con una declarada vocación igualitaria y democratizadora.

No parece tampoco clarificador en exceso el camino sobre el que, tras Malraux, sigue abundando el arquitecto Kenneth Frampton (1984) en su propuesta de apostar por la recuperación de las virtualidades del viejo templo —equipamiento total— en una forma ahora ya secularizada. Este aspecto —dice Frampton— antisacro recrearía, quizá paradójicamente, una base espiritual. No parece del todo claro que hoy la apuesta pueda ir en la dirección que Malraux propusiera y con la que Frampton algunos años más tarde coincidiera, habida cuenta de la múltiple dispersión formal y territorial que caracteriza a los actuales tiempos de la sociedad del consumo madura.

tion symbolique qui, en faisant surgir l'insolite ou l'impensable brise l'adhésion immédiate à l'évidence de l'ordre institué, s'ajoute l'effet ou de subversion, qu'il s'agisse des manifestations comme transgressions collectives, de l'occupation d'espaces réservés et du détournement à des fins inhabituelles d'objets ou de lieux sociaux dont la définition sociale se trouve ainsi suspendue, théâtres, amphithéâtres, ateliers, usines, etc.». A estos equipamientos les subyace la ostentación opresiva del «viejo dueño de la casa»; J. Pezeu-Massabuau (1984: 117): «La parte de adelante de la casa es el dominio del hombre, expresa su *status* y su nivel de vida».

³⁶ K. Lynch (1984: 169-170): «Un paisaje saturado de significados mágicos puede inhibir las actividades prácticas»; «Si es conveniente que un medio ambiente evoque imágenes ricas y vividas, también es conveniente que estas imágenes sean comunicables y adaptables a nuevas necesidades prácticas...».

En dos de las escasas reflexiones realizadas en España por técnicos culturales sobre el tema de los equipamientos culturales se apuesta de modo contundente por el rechazo del modelo de equipamiento-templo³⁷, al tiempo que se incide en el interés que presenta el hecho de que el entorno sociourbanístico del equipamiento resulte a nivel social estimulante.

Sabemos desde Maurice Halbwachs la importancia que posee el entorno de nuestros hábitats, sus lugares, edificios, su particular microgeografía, para actuar como productores, reproductores y soportes de cultura y de memoria³⁸. Hasta tal punto poseen la capacidad de influirnos que las imágenes habituales de nuestro mundo exterior se manifiestan inseparables de nosotros mismos. No sería posible la existencia de una memoria colectiva que no se desarrollase en el seno de un marco espacial determinado. Esto condujo a algún urbanista a afirmar, siguiendo a Halbwachs, que el pueblo, la ciudad misma, era el soporte de la memoria colectiva³⁹. En esos soportes se inspirarían y reforzarían las tradiciones mismas de la comunidad, en palabras de Halbwachs: la fuerza de la tradición local le viene de la cosa de la cual ella era el reflejo. Ese proceso conduce a que cada detalle de ese lugar tenga él mismo un sentido que no es inteligible sino para los miembros de la propia comunidad. De este modo se evidencia la pertinencia de un medio que, más allá de su equilibrio formal, disponga de la fuerza de un simbolismo cultural que, poseyendo sentido, dé lugar a actividades humanas que permitan la reproducción y mantenimiento de una memoria⁴⁰. De hecho, toda comunidad se encarna en sus lugares simbólicos portadores y reproductores de prácticas sociales: lugares de fiesta, de reunión, de intercambio.

Los equipamientos culturales actúan como uno de estos objetos que pasan a ser asumidos por la cultura simbólica y territorial de la colectividad. Según el tipo y modo de implantación, ejercerán uno u otro efecto sobre la comunidad. Desde esta perspectiva, la implantación central o periférica del equipamiento y su mayor o menor adecuación al habitat subyacente llevarán implícitas mayores consecuencias que las funcionalmente visibles. El equipamiento, con toda la densidad de factores que evoca: tipo de implantación, concepción, diseño y modo de funcionamiento, va a contribuir a densificar la definición social del territorio en el cual se ubique⁴¹.

Así pues, el equipamiento sociocultural se va a configurar asimismo entre nosotros, y de una manera progresiva, como un instrumento de fuerte incidencia no sólo funcional, sino también simbólica sobre el territorio social que le da acogida⁴².

³⁷ VV.AA. (1982); P. J. Rico *et al.* (1989: 54-55 y 31).

³⁸ M. Halbwachs (1950: 130 y ss.).

³⁹ A. Rossi (1982: 226).

⁴⁰ K. Lynch (1984: 146).

⁴¹ Esto condujo al suizo Daniel Dind a la constatación empírica de que los equipamientos contribuyen a precisar la de-finición de los barrios; D. Dind (1983: 19-27).

⁴² J. A. Muñoz (1985: 31).

El entorno comunitario va a ir fraguando a través de una serie de iniciativas, entre las cuales pueden situarse las de tipo equipamental, al actuar éstas como espacios activadores de valores⁴³ que en base a su riqueza en «imaginabilidad» son susceptibles de devenir evidentes, legibles y visibles, logrando de ese modo mostrarse plenas de sentido y potencialmente favorecedoras de mayores flujos de participación⁴⁴. Un entorno labrado con la expresividad de la obra receptiva a las formas y niveles culturales del entorno hacia el cual trabaja acaso permitiese la construcción de un muro de contención sobre el cual la memoria pudiese apoyar las prácticas de afirmación y desarrollo cultural diferenciado de los distintos colectivos sociales.

A MODO DE RECAPITULACIÓN

Hemos visto cómo el proceso que impulsa la eclosión promotora de equipamientos de contenidos de carácter específicamente cultural halló cobijo en el momento de mayor despliegue socioeconómico de los países occidentales a lo largo de las últimas décadas de nuestra historia más reciente. Entre ellos, y de manera particular, las Casas de la Cultura han emergido al modo de prometeicos templos laicos autoerigidos en paladines de la democratización cultural. Diversas han sido las lógicas en las que se ha amparado su promoción y múltiples los argumentos de unos y otros que, de forma más o menos visible, hicieron posible su multiplicación. Al argumento declarado de su pretendida función democratizadora cultural, esgrimida tanto por movimientos sociales como por políticos y gestores, se le superpuso de manera menos transparente la función instrumental de canal y constatado objeto del deseo colectivo útil al mantenimiento y reproducción de las élites conformadoras de los poderes locales.

El equipamiento cultural amparado en el mito de la democratización-igualación cultural iba a experimentar una creciente crisis en paralelo con su expansión, viéndose éste forzado más tarde a redefinir en términos nuevos de «democracia cultural» el viejo objetivo para así sustituir el exclusivo ideal ilustrado de la democratización por el más aquilatado reconocimiento de virtualidades en los niveles de cultura relegados. Aquí el viejo ideal declarado dejará paso al reconocimiento de la diversidad intercultural entre grupos y clases. Llegados a este punto hemos de incidir en el hecho indicado más arriba de que durante el período de mayor expansión de los equipamientos culturales, y en lo referente a las políticas concretas de plasmación de nuevos centros, han sido las coincidencias entre responsables políticos, más allá de sus ideologías, aquellas que han marcado la norma. Años más tarde, y ya en las décadas de los ochenta y noventa, llegaremos a ver cómo la ciudad perderá muchos de sus pudores políticos y los objetivos reales pasarán a reflejarse en el pragmatismo de las medidas a

⁴³ J. Remy y L. Voyé (1981: 208-209).

⁴⁴ K. Lynch (1984: 20).

implementar (Bianchini, 1990). En esta última etapa las ciudades asumirán, según los diversos casos y situaciones, y entre sus objetivos prioritarios, funciones tales como las de recurrir a la cultura para potenciar sus comunidades a nivel de centralidad estratégica, turística o económica, poniendo para ello en juego todos los recursos derivables de la acción, el espectáculo y el consumo cultural como vías de promoción social y económica. Esta última y más reciente inflexión de las políticas equipamentales en el ámbito de la cultura va a suponer, sin duda, un relativo retorno a alguno de los callejones sin salida más característicos de la etapa inicial prometeica de las casas de la cultura reconvertidas ahora ya, con el paso de los años, en grandes centros distribuidores de una cultura espectáculo concebida para amplias mayorías minoritarias. Los viejos retos, que como en el caso del mito de las universidades populares habían nacido para contraponerse a esa tendencia, resurgen hoy ante la exigencia de seguir experimentando en vías potenciales de mediación cultural que rellenen el foso de la distancia que escinde de modo estigmatizante los diversos niveles de cultura de los distintos grupos sociales.

Sin duda, la actual encrucijada ante la que nos hallamos añade además a algunos de los viejos dilemas y retos de la acción cultural, acerca de los cuales nos hemos detenido más arriba, la cuestión pendiente del logro de un modelo de democracia más abierto, participativo y diversificado que, trascendiendo el ámbito acotado de las políticas culturales, aporte vías nuevas a la posibilidad de que la sociedad civil protagonice el proceso local globalizado de reconstrucción activa de los contextos comunitarios y de su imbricación en instancias político-administrativas externas de mayor amplitud.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDRT, H. (1972): *La crise de la culture: huit exercices de pensée politique*, París, Gallimard.
- BACHELARD, G. (1983): *La poétique de l'espace*, París, Quadrige-PUF.
- BAREL, Y. (1982): *La marginalité sociale*, París, PUF.
- BIANCHINI, F. (1990): *Re-imagining the city*, Liverpool, University of Liverpool.
- BORJA, J. (1983): «Los actores sociales en la construcción de la ciudad», *Ciudad y Territorio*, 57-58: 17-37.
- BOURDIEU, P. (1984): *Homo academicus*, París, Les Éditions de Minuit.
- BOURDIEU, P., y DARBEL, A. (1969): *L'amour de l'art*, París, Les Éditions de Minuit.
- BOUZADA, X. (1991): *A situación sociocultural dos concellos galegos*, Santiago, Xunta de Galicia.
- (1994): «Sobre las necesidades sociales y culturales», *Papers*, 44: 53-76.
- (1996): *Redes sociais e conxuntos de acción*, Vigo, Galaxia.
- CORAGGIO, J. L. (1989): «Poder local, poder popular», en VV.AA., *Procesos socioculturales y participación*, Madrid, Editorial Popular, pp. 147-172.
- DE BAECQUE, A. (1967): *Les maisons de la culture*, París, Seghers.
- DELGADO, E. (1986): «Acción cultural municipal: intuiciones y balances», en VV.AA., *Escuela andaluza da Animación sociocultural*, Jerez de la Frontera, Diputación de Cádiz.
- DIND, D. (1983): «Animation socioculturelle et action communautaire du quartier. Où en est on?», *Travail Social*, 4: 19-27.

- DJIAN, J. M. (1996): *La Politique culturelle*, París, Le Monde Éditions
- FOOTE WHYTE, W. (1971): *La sociedad de las esquinas*, México, Diana.
- FORTIN, A. (1994): «Les événements culturels en région: nouveaux territoires de l'art», *Loisir et Société/Society and Leisure*, vol. 17/2: 451-472.
- FOURQUET, F., y MURARD, L. (1978): *Los equipamientos del poder*, Barcelona, Gustavo Gili.
- FRAMPTON, K. (1984): «Anti-tábula rasa: hacia un regionalismo crítico», *Revista de Occidente*, 42: 29-43.
- GILBERT, C. (1984): «Une politique à l'écart de la politique. La création de la Maison de la Culture à Grenoble», *Les Cahiers de L'Animation*, 46: 45-57.
- GINER, S. (1996): *Sobre la democracia*, Barcelona, Ariel.
- GILLET, J. C. (1995): *Animation et animateurs. Le sens de l'action*, París, L'Harmattan.
- HALBWACHS, M. (1950): *La mémoire collective*, París, PUF.
- HARVEY, D. (1976): *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Alianza.
- JEANSON, F. (1973): *L'action culturelle dans la cité*, París, Ed. du Seuil.
- KAUFMAN, J. C. (1978): *La garde des jeunes enfants, enjeu social*, Rennes, Lares.
- (1988): *La chaleur du foyer. Analyse du repli domestique*, París, Meridiens Klincksieck.
- KAPSTEIN, G., y DE LA BARRA, X. (1979): «El equipamiento como instrumento de transformación social», *Ciudad y Territorio*, 2/79: 29-39.
- LEAL MALDONADO, J. (1986): «El urbanismo y las ciencias sociales», *Ciudad y Territorio*, enero-marzo: 31-34.
- LEAL, J., y CORTÉS, L. (1995): *La dimensión de la ciudad*, Madrid, CIS.
- LEAL, J., y RÍOS, J. (1988): *Los espacios colectivos en la ciudad*, Madrid, MOPU.
- LEDRUT, R. (1974): *El espacio social de la ciudad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1978): «La notion de maison. Entretien avec Claude Lévi-Strauss», *Terrain*, 9: 34-39.
- LYNCH, K. (1984): *La imagen de la ciudad*, México, Gustavo Gili.
- MAÍLLO, A. (1979): *Un método de cambio social: la animación sociocultural*, Madrid, Marsiega.
- MELLA, X. M.: «Un índice de depresión socio-económica e unha medición dos efectos "spread": o caso dos municipios de Galicia», *Revista Galega de Estudos Agrarios*, 7-8: 69-86.
- MORRIS, R. N., y MOGEY, J. (1965): *The Sociology of Housing. Studies at Berinsfield*, London, Routledge and Kegan Paul.
- MUÑOZ, J. A. (1985): «Euzkadi hoy, de los equipamientos, la política territorial y otros dichos», *CEUMT*, octubre: 28-32.
- PEZEU-MASABUAU, J. (1988): *La vivienda como espacio social*, México, FCE.
- PITROU, A. (1992): *Les solidarités familiales*, Toulouse, Privat.
- PONGY, M. (1987): «Grenoble et la culture. L'évolution d'une politique locale(1965-1978)», *Les Cahiers de L'Animation*, 61-62: 269-279.
- POUJOL, G. (1983): *Action culturelle, Action socioculturelle. Recherches*, Marly le Roi-Paris, Documents de L'INEP, n.º 1.
- (1983): «La dynamique sociale des associations», *Les Cahiers de L'Animation*, 39.
- PRONOVOST, G., y CLOUTIER, J. (1994): «Pratiques culturelles: la formation des usages», *Loisir et Société/Society and Leisure*, vol. 17/2: 423-450.
- REMY, J., y VOYÉ, L. (1981): *Ville, ordre et violence*, París, PUF.
- (1992): *La ville vers une nouvelle définition*, París, L'Harmattan.
- RENARD, J. (1987): *L'Élan culturel. La France en mouvement*, París, PUF.
- RICO, P. J., y ZARZUELA, M. (1989): «Los centros cívicos en Zaragoza: la inclusión en el terreno de lo posible», en VV.AA., *Centros cívicos, presente y futuro*, Madrid, Editorial Popular, pp. 47-55.
- RODRÍGUEZ VILLASANTE, T. (1976): *Los vecinos en la calle*, Madrid, Ed. de la Torre.
- ROSSI, A. (1982): *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- SANTCOVSKY, H. (1994): *Los actores de la cultura*, Barcelona, Hacer Editorial.
- SIMPSON, J. A., et al. (1980): *Animación sociocultural*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- TRICHAUD, L. (1968): *L'éducation populaire en Europe*, París, Les Éditions Ouvrières.

- TRICHAUD, L. (1976): *L'Animation et les hommes*, Paris, Synchro.
- URFALINO, Ph. (1996): *L'invention de la politique culturelle*, Paris, La Documentation Française.
- URRUTIA, V. (1985): *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, Oñati, IVOP.
- VAN EYCK, A. (1972): «Un dessin en s'ordonne que sur la grace», en F. CHOAY *et al.*, *Le sens de la ville*, Paris, Ed. du Seuil, pp. 108-115.
- VERRET, M. (1988): *La culture ouvrière*, Saint Sebastien, ACL Édition.
- VV.AA. (1982): *La acción sociocultural en los municipios*, Madrid, Ed. Popular.

ABSTRACT

A sociological issue like cultural equipment depends on topics such as urban sociology, sociology of culture and everyday life sociology. The study of its origin and the way in which it is rooted lead us to question some presuppositions which nowadays are usual and which tend to be used as apparent explanations of specific policies and decisions made on this field.

Some concepts such as «cultural democratization» are inspired on the progressive reforming postwar policy in France. They could have been acting as a myth which didn't allow us to see the fact that cultural equipment production policies have already homogenized independently of ideological context determinations while keeping a strategic function as instruments for local power reproduction.